



Aquella fría mañana de invierno, era como tantas otras. A las cinco de la mañana, el panadero paró el chirriante sonido de su estridente despertador y, observando con envidia como su oronda esposa se daba la vuelta en la cama, suspiró como hacía todas las mañanas, buscando a tientas sus reconfortantes zapatillas forradas de piel. Era un cincuentón de cuerpo escuálido y escasa estatura, con la cara arrugada y triste del conformista, pero era un hombre diligente y trabajador.

Se vistió bajo la tenue luz del cuarto de baño anexo, a sabiendas de la que le caería encima, si molestaba a su esposa más de lo estrictamente necesario, según criterios femeninos que él no entendía. Ya se lo decía su madre: *No te cases con esa fiera Agustín, que tú no tienes carácter*. Pero él no hizo caso de los sabios consejos maternos.

Inmerso en sus lamentaciones matutinas, Agustín Quesada bajó los escalones hacia la panadería, y cuando se acercó al horno para iniciar la tarea...

Federico Montealegre roncaba satisfecho, soñando con hermosas y curvilíneas brasileñas, cuando un agudo y persistente pitido lo despertó sobresaltado. Buscó en la mesilla de noche el origen de aquella inoportuna interrupción, pero el despertador no era el culpable. Lanzando maldiciones, el sargento de la Guardia Civil se lanzó hacia el teléfono malhumorado.

- ¿Sí? – preguntó con voz ronca.
- ¡Federico! ¡Ay, Federico!
- Federico Montealegre al aparato, efectivamente, ¿Y usted es...?-
- ¡Ay, Federico! Soy Agustín Quesada, el panadero, tienes que venir lo antes posible, ¡Qué hay un muerto en mi horno!-

Federico era un hombre de acción, o eso creía él, pero por más que en sus sueños juveniles, se había visto a sí mismo en similares circunstancias, cogiendo una brillante pistola, como dueño absoluto de la situación, lo cierto es que, llegado el tan ansiado momento, un sudor frío perló su bronceado rostro hasta el poblado bigote, y quedó mudo, para consternación del asustado panadero.

A pesar de lo intempestivo de la hora, la noticia corrió por el pueblo como la pólvora. El panadero había encontrado un muerto metido en su horno, y los vecinos en pleno fueron acudiendo poco a poco frente a la panadería, haciéndose los encontradizos unos, y sin disimular siquiera los otros, pero todos ellos ansiosos por echar un vistazo.

- ¿Se sabe ya quien es? – preguntaba Carmela González, la escultural cuarentona, dueña del bar El Rinconcito.

- No sabe nada de nada, Carmela, nada de nada.- respondió rauda Paquita Páez, la insigne esposa del alcalde – Montealegre está dentro con cuatro guardias, y no ha dejado entrar ni a mi marido. ¡A mi marido! ¿Quién se habrá creído que es?-

Carmela se volvió hacia Mariano Nogales, el bibliotecario, al ver que a Paquita, que tenía siempre la nariz más alta que el cogote, solo le sacaría improperios contra el sargento Montealegre.

- Pues no se sabe nada – respondió el bueno de Mariano, que pese a sus juveniles ojos azules, había pasado ya de los setenta años – solo que Agustín se levantó esta mañana sin sospechar que, en vez de pan, había un muerto en el horno, lo que yo me pregunto – prosiguió con aire reflexivo – es si el horno estaría apagado o encendido.

Carmela se santiguó al instante.

Dentro de la panadería, Eloísa Castañeda, la rotunda esposa del panadero, lloraba desconsoladamente.

- Eloísa, tranquilízate, por Dios – trataba de consolarla Federico – Entonces tú sí le conocías.-

- Se llamaba Alejandro – decía Eloísa entre lágrimas – Él y yo... él era... ¡Ay!-

- ¿Era un familiar? – preguntó el sargento perdiendo la paciencia.

- No, digamos que... nos hicimos amigos, amigos muy íntimos –

Federico miró incrédulo a la mujer, Eloísa no era en absoluto el tipo de mujer que él pensaba le habría gustado a la víctima, pues mientras éste debía haber sido un hombre bien parecido, la panadera era una mujerona obesa, fea y de mal carácter, todo el pueblo sabía que el pobre Agustín se había quedado en los huesos antes de su primer aniversario de boda. No obstante se encogió de hombros, pues para gustos se hicieron

colores, y él no conocía al muerto. Al fin y al cabo, algo debía tener la panadera, pues Agustín se había casado con ella.

- ¿Tenía familia en el pueblo? – preguntó Montealegre prosiguiendo el interrogatorio.

- Sí, era primo de Carmela, la de *El Rinconcito*, había venido para arreglar asuntos de herencias con ella. Yo le conocí ayer en el bar, nos vimos en la panadería de madrugada mientras Agustín dormía arriba, pero luego se fue, y yo subí.-

- ¿Lo sabe Agustín? – Montealegre sentía lástima por aquel hombre.

- No, creo que no – respondió Eloísa avergonzada.

- Sabes que se lo tendremos que contar – sentenció el sargento.

Mientras uno de los jóvenes guardia civiles se llevaba a la acongojada mujer, Montealegre hizo señas a Agustín para que se acercara.

- Dios mío, Federico, ¿Sabéis ya quién es? – preguntó el tímido panadero.

- Al parecer se llamaba Alejandro, era el primo de Carmela, la de *El Rinconcito*, ahora la haremos entrar para que lo identifique.- Montealegre se atusó el bigote incómodo – Verás, no sé si sabías que este pájaro estuvo anoche con tu mujer.-

- ¿En el bar? Bueno, es que Eloísa necesitaba salir un poco y yo estaba cansado anoche...-

- No, Agustín – le interrumpió Montealegre azorado – Me refiero a que anoche tu mujer se lo trajo aquí y...-

- ¿Y qué? – preguntó inocentemente el panadero.

- Bueno, ya sabes, ellos dos...- Montealegre hizo un obsceno e inequívoco gesto con las dos manos.

- Yo... pero no puede ser... Eloísa no haría eso – Agustín parecía hundido – Anoche oí algo de ruido aquí abajo, pero no de ese tipo, Eloísa estuvo moviendo las estanterías para los pasteles, porque no podía dormir, si hubiese estado poniéndome los vitorinos con ese fulano, habría sido más silenciosa.-

Montealegre entrecerró los ojos, muy interesado por lo que le contaba Agustín. Habían encontrado el arma del crimen, un cuchillo, en la espalda del muerto, y como el cuchillo pertenecía a la pastelería, era de suponer que le habían matado allí mismo. Un asesinato, y el posterior traslado del cadáver al horno, era algo demasiado ruidoso como para que el panadero no lo oyera, y sin embargo hubiera oído a su mujer consumando el adulterio

con el tal Alejandro. La versión de la panadera le había resultado poco creíble, pero ahora, tras escuchar a su marido, le parecía imposible.

Ya en el cuartel de la Guardia Civil, la siguiente en ser interrogada fue Carmela González. La timorata dueña del bar, se enjuagaba las lágrimas con un delicado pañuelo de hilo rosa. Montealegre la conocía desde hacía muchos años, había llegado al pueblo siendo casi una niña, y se había casado con Santiago Rovira, quien la había dejado viuda muy pronto, dejándola a cargo del bar que él regentaba. A pesar de haber pasado ya los cuarenta, Carmela era atractiva, no como cuando tenía apenas veinte, pero sí lo suficiente como para tener algún que otro admirador. Sin embargo era poco más que una beata de mente simple, una florecilla teñida de rubio que a duras penas podía hacer un puzzle de más de diez piezas por sí misma.

- Entonces reconoce a la víctima como Alejandro Martín González, primo hermano suyo – le decía con dulzura Montealegre – Según su declaración, era su único familiar vivo, y venía a arreglar un asunto de herencias.-

- Así es, sargento – respondió Carmela con los ojos llenos de lágrimas - ¡Estaba tan contenta con él aquí! Él era lo único que me quedaba de familia. ¿Sabe? –

- Por supuesto – asintió Montealegre- Sé que esto le parecerá un tanto extraño, pero tengo que preguntárselo. ¿Qué tipo de mujeres le gustaban a su primo?-

- Era muy exquisito escogiendo mujeres – respondió Carmela sin entender – por eso seguía soltero. Le gustaban jóvenes, delgadas, ya sabe, su última novia fue una modelo, creo que hacía de burbuja en un anuncio de cava.-

- Vaya – respondió el sargento sonriendo para sus adentros - ¿No le gustaban las mujeres voluminosas?-

- ¡No! En absoluto, precisamente anoche en el bar, Eloísa le estaba poniendo ojitos, ya sabe, y Alejandro se moría de la vergüenza. Al final tuvo que pararle los pies.-

- ¿No me diga? ¿No salieron juntos?-

- No, Eloísa se fue sobre la una, y Alejandro se fue a las tres, cuando cerramos el bar – respondió Carmela confusa - ¿Por qué me lo pregunta? –

- Problemas en la investigación, Carmela, pura rutina – respondió Montealegre atusándose el bigote - ¿Dónde fue su primo a las tres?-

- Fue al hostel *La Villa*, el nuevo que han puesto a las afueras, se quedaba allí de momento, porque yo vivo sola en casa y... ya sabe, no estaría bien a pesar de ser familia, el padre Carmelo me lo habría reprochado.- Carmela se sonrojó.

- Vaya –respondió el sargento – para ir a allí desde el bar, hay que pasar frente a la panadería.-

La puerta del despacho se abrió de golpe, asomándose en el acto una cabeza con el inconfundible tricornio.

- Sargento, da *usté* su permiso –

- Adelante, Triana. Carmela – dijo volviéndose a la mujer – si la necesito la llamaré, siento mucho tu pérdida.-

Carmela asintió, y salió compungida del despacho.

Triana era un joven guardia civil moreno, cordobés y gracioso como pocos. Pese a ser de Córdoba capital, en el pueblo lo llamaban *el sevillano*, a causa de su apellido.

- Mi sargento, he *encontrao* al tipo ese que está siempre en el bar, estaba durmiendo la mona *serca* de la *plasa*.-

- ¿Le has traído al cuartel?-

- *Pué* claro, mi sargento, más rápido que el *telepissa*, ¿Le hago pasar?-

- Sí, y llame a Gutiérrez, quiero saber si han encontrado algo bajo las estanterías de los pasteles.-

- Al momento, mi sargento – dijo Triana saliendo del despacho.

Un minuto después, la puerta volvió a abrirse, y entró un tipo con aspecto lamentable, que apestaba a alcohol.

- Adelante, Manolo, adelante, solo necesito hacerte unas preguntas.-

- Yo no he sido, señor sargento, de verdad que no, que yo me llevaba bien con el difunto – Dijo Manolo asustado – Que yo ya no tomo ni drogas ni nada, y si bebo es para disimular el hambre, que uno es pobre, pero honrado.-

- No te preocupes, Manolo, que solo te hemos traído para que me cuentes que viste ayer en el bar – contestó Montealegre con paciencia.

- ¿Ayer? Pues el tal Alejandro estaba en la barra con Carmela, ella estaba muy feliz y se lo presentaba a todo el mundo, y él parecía muy simpático, llegó entrada la tarde y se quedó hasta el cierre.-

- ¿Viste a Eloísa, la panadera? –

- Sí, para no verla, señor sargento – respondió Manolo – Se bebió hasta el agua de los floreros y le tiró los tejos al muerto, él se reía y le seguía la chanza, hasta que le dijo algo, y ella se fue del bar, él se quedó, y a las tres, cuando cerraron, me fui con él hasta la mitad del camino, justo la calle de la panadería, y allí estaba la panadera, en la puerta, con un camisón muy ligerito. Yo me fui, y ya no sé que pasó –

- ¿Cree que era un encuentro amoroso? – Preguntó el sargento.

- Yo no lo creo mi sargento, por ella está claro, pero él... no es porque esté entrada en kilos, que a mí me gustan las mujeres con curvas, es por la mala baba que tiene la tía. Dicen que ha llegado a pegar al pobre panadero.-

- Comprendo – dijo Montealegre.

Triana entró en el despacho, de nuevo sin llamar a la puerta.

- Mi sargento – dijo Triana ignorando a Manolo – *Gutiérrez* dice que debajo de las estanterías hay manchas de sangre para llenar una *pissina*, le mataron ahí fijo.-

Cuando Montealegre llegó de nuevo a la panadería, lo comprobó en persona, bajo las tres estanterías destinadas a soportar las bandejas de pasteles, había grandes manchas de sangre, tal y como él había supuesto, cuando Agustín le dijo lo que había escuchado de madrugada.

Esa misma tarde, Eloísa Castañeda salía esposada de la panadería, el sargento Montealegre sonreía satisfecho consigo mismo, había resuelto el crimen en menos de un día, seguro que esto le reportaba un ascenso.

Alejandro Martín había rechazado las insinuaciones de la sospechosa en el bar, y ésta, una mujer de sabido mal carácter y fuerza descomunal, le había esperado en la puerta de la panadería para intentarlo una vez más, él debió entrar para intentar una conciliación, y ella, herida por el rechazo, le apuñaló para vengarse. Estaba borracha, por eso, después de apuñalarle, dejó el cadáver en el horno y se fue a dormir.

Eloísa gritaba histérica, e hicieron falta seis guardias para reducirla, pero al fin lograron meterla en el patrol.

La mañana siguiente fue tan fría como la anterior, pero Agustín no se levantó al oír el despertador, al otro lado de la cama ya no estaba su obesa y cruel esposa, sino la maravillosa y sensual Carmela, que le miraba con ojos febriles, tras una noche de amor.

- Sabía que saldría bien – susurró Agustín sonriendo.

- ¿Y si se enteran de la debilidad de Alejandro por las mujeres obesas? Sabrán que sí quedaron para tener relaciones, y de eso a averiguar que tú esperaste a que tu mujer se acostara, bajaste, le llamaste y cuando entró a darte explicaciones...- preguntó ella preocupada.

- Para entonces todo el pueblo estará convencido de que fue Eloísa, y ella ya no se atreverá a volver, Montealegre está tan satisfecho con su investigación que no moverá un dedo.-

- Algo podría haber salido mal – dijo Carmela arrugando la nariz - ¿Y si Eloísa no se hubiese dormido nada más acostarse? No te hubiera dado tiempo a alcanzar a Alejandro-

- Claro que se durmió, como siempre que se emborracha.-

- ¿Y si Alejandro no hubiese consentido entrar en la pastelería?-

- Entonces – respondió Agustín –le habría apuñalado en la calle, a esas horas no hay nadie.-

- La pastelería y el bar son nuestros, mi amor, y ahora además somos libres.- sentenció Carmela.

La panadería no abrió ese día sus puertas, pero era comprensible después de lo sucedido, y todo el pueblo compadeció al pobre Agustín Quesada.